

Fernando Fernán-Gómez Pradera, además de manejar -creo que muy bien- la Galería Tizas, en Madrid, tiene en su carrera una serie de pintores con los que varias veces ha mantenido intercambios con la Sala Cervantes. Haciendo memoria yo recuerdo a Manuel Casas, Villa-toro, A. Suárez, etc. Esta vez ha incluido a Manuel Terán, chileno de origen montañés y ha tenido con ello un gran acierto. Se trata de un pintor joven (ahora se llaman emergentes o algo parecido), que se estrena en Santander, y eso se nota. Todos sabemos que Santander está lleno de motivos 'pintables' y Terán no desaprovecha la ocasión de plantar aquí, en mitad de la calle, su caballete para llenar cada tabla -utiliza este soporte- con pintura de una verdad palpable y veraz.

No lo sitúo y califico dentro del extra-realismo, que es cosa que no me ha llenado nunca, pero el artista sí se sumerge en la realidad pura y sin tapujos para agrandar ni al tendido de sol ni al tendido de sombra. Terán pinta lo que ve y lo que, el común del paseante no ve. Camina por la calle, se detiene y observa. En cada detención que hace en su caminar, elimina personajes y fija su atención en lo que tienen de entrañable y humano todas las arquitecturas paso a paso la humanidad de lo habitual. Edificios, calles, plazuelas. El único elemento que se mueve es algún automóvil, algún tranvía, el agua del río que fluye con una serenidad llamativa y llena de atractivo.

Utiliza lo mismo el óleo que una especial unión de este con el grafito dibujando todo lo que le sirve para vestir cada motivo al pintar. Me atraen especialmente su pulso firme de dibujante con el color pero no es menos la forma tan personal y hermosa de captar la luz, la iluminación exacta de cada momento.

Es una manera diferente -yo no lo vi en otros artistas- de captar el impacto en la retina de la magia de los atardeceres urbanos. Así una aglomeración de construcciones emergen entre esa luminosidad y, en ocasiones, atravesando las neblinas de algún amanecer mientras la urbe aún está somnolienta. No es pintor que use de colores estrepitosos. Su color es siempre lírico y -¿cómo diría?-, especial, diferente. Los cuadros expuestos son una serie de ejemplos de quietud, transmiten auténtica paz, sosiego total. Es el pintor un virtuoso en la observación, se recrea en ella.

Curiosamente, hay varios cuadros en los que el color huye para recrearse el artista en un lírico deslizamiento de grises sabios. Lo cuidadoso del uso del color, que mencioné antes, aquí se vuelve dominio de la gama de grises para demostrarnos que el gris, cuando se sabe destapar, es difícil de lograr pero, cuando se sabe hacer, el resultado es espectacular y eminentemente sorpresivo. Además, para un lugar como Santander, el gris, mejor dicho la grisura, es un nombre propio. Los colores mediterráneos o la luz manchega nada tienen que ver con lo que, día a día, percibimos al pasear por la calle. Manuel Terán es diferente. Está llamado al éxito. Es pintor lírico dentro de su más que especial realismo. Por eso me ha gustado.